

NOSOTROS

Semanario Villenense

Aparece los domingos

Administración: Calle del Muro, 7

Número suelto 10 céntimos

AÑO I

Villena 29 de octubre de 1922

NÚM. 7

DE ACTUALIDAD

Hablan los niños

—Silencio, señores, un momento... Los niños van a hablar; los predichos del Señor quieren referirnos sus secretos, sus sentimientos... y, embobados, debemos escucharles!

Ellos son el encanto de la vida, el dulce de del hogar, la preocupación del pensador, el aliento de la madre, los frutos del amor fecundo, los inimitables capullos humilde que con sus risas y suspiros, con sus anhelos y temores, preparan sus almas para la tremenda lucha de una nueva y más pujante generación.

Para nosotros, los niños, ni son los perfectos querubines que cantan los poetas católicos, ni el producto casual de un simple acto carnal; son espíritus viejos, almas que han vivido muchos siglos y en sucesivas existencias, las cuales reencarnan en un cuerpo humano, débil y tierno, con las virtudes y vicios que fueron adquiriendo en aquellos aprendizajes y que despiertan poco a poco, como impulsos instintivos, a medida que sus facultades se desenvuelven.

Olvidemos por tanto, nuestras cejas, desahuguemos el sesudo rostro de personas mayores, y escuchemos la charla sabrosa que sostienen muchos de ellos en estas ocasiones, recordando el día de los muertos:

—¿Oyes, Pepito, qué modo tan terrible de tocar las campanas esta noche? Todas tocan a muerto sin descanso, y ¡si vieras el miedo tan grande que ahora estoy pasando...!

—¡Pobre Luisa! ¿Miedo de qué? ¿No comprendes que todo eso es

de mentirijillas y lo hacen para asustar a los chiquitines...

Pues, mira, dice el tío que esta noche todos los muertos se salen de sus panteones y se van a dormir a casa de sus parientes, y que si yo no soy buena, vendrá una calavera con una hoz y me llevará al infierno.

Yo no quiero que venga la muerte esa que hay en la iglesia, y si tú no me acompañas, no me voy por esas calles tan oscuras...

—Déjate de cuentos y no seas tonta. Esa muerte no existe, querida mía, y eso que te han pintado para que no seas mala, es un embuste más grande que una torre. Ni es verdad que de las tumbas salgan los huesos de los muertos, ni es cierto tampoco que las almas de los difuntos se presentan a nosotros con sábanas y calaveras.

—Tú dirá lo que quieras, pero en mi casa les rezan mucho a las ánimas del purgatorio para que allí no entre la muerte, y a los abuelitos, que están en el cementerio, les ponen velas encendidas en el panteón y mariposas de hoyo del retrato que tienen en la sala.

—¡Me dirás a mí lo que hacen estos días en tu casa y en la de muchos inteligentes engañados por su buena fe!

Es una bonita mentira inventada por los listos para sacar el dinero a todos los que no quieren calentarse la cabeza.

La cera, las mariposas, las coronas y los rezos de estos días dan mucho que ganar a los que viven de esas cosas, y por eso nos quieren hacer ver, por

medio de tristes campanadas, que esas paparruchas son una verdad.

A mí, en el Colegio, me lo dice la profesora y todos los jueves, cuando nos explican la doctrina, dicen que debemos tener miedo a Dios, que puede mandarnos la muerte, si hacemos alguna cosa fea.

Y yo creo que cuando lo dicen así en nuestras escuelas, cuyos maestros son tan buenos y tanto nos quieren, es porque será verdad.

Yo no te digo que sean malas esas personas que tú dices, pero ellas saben que no es cierto lo que predicán y, sin embargo, lo enseñan así, o porque piensan que no se puede corregir de otro modo a las gentes ignorantes, o porque les gusta más el sueldo que ganan con su oficio que decir la verdad sin rodeos.

—¿Es que en tu casa no rezáis por los difuntos, cuando las campanas tocan a muertos?

—Ya hace tiempo que mis padres se retiraron de la iglesia y los conventos y ahora solo piensan en practicar el bien a cara descubierta, sin rosarios ni rutinas.

Desde muy pequeño, mi madre me decía que yo temiera las sombras y los ruidos; que todo lo que ocurre en el mundo es cosa natural y, con la obra de Dios, nunca será tan honoroso que ponga los pelos de punta a los mayores y haga llorar a las criaturas.

—¿Luego vosotros no creéis lo que dicen en la iglesia, ni teméis que los aparecidos os puedan dar un susto?

—¿Qué hemos de temerlo, si creemos lo contrario?

Lo que llamamos la muerte, y que tanto hace temblar a los ignorantes y a los malvados, es un cambio de decoración, una mu-

danza de traje en la verdadera vida del espíritu, que nunca se acaba. Es como si tú te quitases el pesado gabán de pieles que dentro de poco te pondrás, para saltar por el jardín en mañanita de mayo, descotada y con traje de seda.

Eso es la muerte para las almas: dejar el calabozo para gozar el aire libre; quitar a la madre lisiada el cubestrillo para poder manejarla con soltura.

—¿Y dónde has visto tú todo eso para asegurarlo de ese modo? Será lo mismo que nos explica el señor cura al hablar de la gloria y el infierno...

—Nadie en el mundo es infalible y tal vez me equivoque como todos; pero lo que yo te demuestro cuando quieras es que las almas de los muertos se aparecen a los hombres con la cara y el aspecto que en la vida tuvieron; que piensan y sienten lo mismo que antes pensaban y sentían, y que la mayor parte de ellos viven y se agitan a su alrededor como si fueran de carne y hueso, creyendo en su ignorancia que aún no han cambiado de traje ni de vida y que sus cuerpos no se pudricen en el sepulcro.

—Con tantas atrocidades vas a ver como te condenas sin remedio y te llevan los demonios con rabo que hay en el altar de San Miguel. El decir eso está prohibido.

—¿Tú quieres ver cómo te engañas. Mañana, cuando vuelvas de pascu, te pasas por mi casa y verás los preciosos retratos de los espíritus que han sacado unos sabios en los centros espiritistas de Europa y América. ¿Te parece que si esto fuera un juguete para asustar a los chiquillos, lo estudiarían tan formalmente esos hombres de tanto talento?

EN LA NOCHE DE DIFUNTOS

—Pero, escucha, Pepito, me dejas asombrada. ¿Tan serio es el espiritismo, y repiten mis amiguitas y sus papás que el ser espiritista es un pecado?

—Cada cual en lo suyo sabe lo que más le conviene, y en eso no te fijas, si quieres convencer te por tus propios ojos.

El nombre nada importa para nosotros.

Lo principal es que todos sepamos que no existe la muerte que pintan; que la práctica del bien es la única oración agradable a los ojos de Dios y de las almas que se acuerdan de nosotros. Cuanto más buenos seamos, mejor traje llevaremos al llegar a la vida libre que nos es para después de la tumba.

Y como la justicia de Dios brilla tan alta, contra su ley no valen alhajas, ni dinero, ni funerales.

No debemos llorar porque se muera un semejante nuestro, pues hemos de saber que con ello se traslada a otro país mucho más bello. Lo que nos debe acongojar y poner tristes es el mirarnos crueles, egoístas y orgullosos, ofender al prójimo y pasar por el mundo sin ejercer las obras de misericordia.

¡Esto sí que es la muerte para el alma, que tiene que lavar con duros sufrimientos las manchas que ella misma se produce!

—Si fuera verdad lo que me cuentas, ¡qué hermosa sería la muerte para las personas caritativas y buenas que no hacen mal a nadie! De tal modo me has impresionado, que he de escaparme de casa muchos días para ver si me convengo por completo. Y te agradezco mucho tus consejos, pues parece que ya no me dan tanto miedo esas pícaras campanas. Que no me olvides, Pepito, y hasta mañana, que me llaman.

—¡Vete con Dios, pobre Luisilla!

Y mis dos chicuelos, amables y gozosos, sellaron el pacto con un beso.

Spero.

Un Ayuntamiento ha de ser la comunidad de representantes de pueblo, que administre los intereses de éste, pero cuando los intereses particulares de nadie.

Por qué las lentas campanas
llaman dolientes a muerto,
si del funéreo concierto
las vibraciones son vinas?
Cese en la región vacía,
ese lamento profundo:
desde el principio del mundo,
nadie a muerto todavía.
Nadie en tan larga jornada,
sufrió tal misera suerte:
no ha muerto más que la Muerte,
no ha muerto más que esa nada.

En la infinita Creación,
cuanto muere resucita:
en la Creación infinita,
cuanto vive es mutación.
Cuanto se va, vuelve y pasa:
¿por qué fatal despedida?
Dios, el creador de la vida,
en su creación no fracasa;
¡no digais a nada adiós,
porque si posible fuera
que algún átomo muriera,
moriría el mismo Dios!

Mirad con ojos serenos
desde región de alegrías,
todas las tumbas vacías,
todos los espacios llenos.
Ved en la altura del cielo,
cómo flotando palpita
la multitud infinita
de los difuntos del suelo,
y cómo sigue el problema
de la existencia que es trama,
bajo la luz que derrama
la Inteligencia Suprema.

Nuestra queja dolorida,
en nada justo se funda.
la Muerte es madre segunda
que nos da segunda vida,
y para el nuevo nacido
que espera nueva fortuna,
el ataúd es cual cuna
abierto al cielo tendido,
y de ella surge volando
a vivir con mejor suerte,
todo aquel ser que la Muerte
meció en su cuna cantando.

No contempleis el misterio
de la muerte con espanto,
ni regueis con triste llanto
el umbral del cementerio,
pues en sus fúnebres salas
de calabozos tan llenas,
los cuerpos hallan cadenas,
mas los espíritus alas
y van a la inmensidad
como la alondra que pia
cantando al alba y al día,
cantando a la libertad.

Por allí sube Julieta
con su consorte Romeo,
y al celestial himeneo
con Rafael va Marieta.
Por allí suben a un cielo
de luz y música y cantos,
todos los mártires santos
muertos de amor en el suelo,
y al ascender dos a dos
a las alturas mas hondas,
llegan a mágicas frondas
de un Paraíso, que es Dios.

No lloreis más, mis hermanos
los que encerrásteis un día
cuando vuestra alma queríais,
en sepulcrales arcanos;
no prolonguéis ese duelo
por vuestros caros ausentes;
decid, mirando fervientes
las altitudes del cielo:
«¡Muertos en tanto esplendor!...
¡Si es imposible que mueran!...
¿no los véis que nos esperan
estremecidos de amor!»

¡Muertos!... ¡no hay muertos! ¡mas, si;
muertos hay: somos nosotros;
¿a qué llorar por los otros
si estamos muertos aquí?
Los que ocultamos la luz
porque nos falta denuedo,
los que miramos con miedo
todo Calvario y su cruz,
los que negamos las manos
y el corazón a los vertos...
¡nosotros somos los muertos:
¡resucitemos, hermanos!

Cantad alegres, campanas:
pasó la noche sombría
de los Difuntos, y el día
muestra sus rosas y granas.
Ved la áurea luz, la áurea hora:
esta es la aurora divina
de nuestra santa Doctrina,
consolación del que llora.
¡Bronces, alzad la canción
hasta el imperio celeste:
Sábado de Gloria es este:
Pascua de Resurrección!

¡Ya los ansiados ausentes,
como serafino coro,
de sus alcázares de oro
bajan a hacerse presente,
y su tiernísimo amor
nos dice: Muertos amados!
vivid, ya estáis rescatados,
¡resucitó el Redentor!
¡Basta de acervos dolores!
ya habéis bastantes sufrido...
y pues os han re-limido,
¡resucitad redentores!

Salvador Sellés

Madrid, 20 octubre de 1922.

El modernismo en los templos

Nuestros lectores habrán leído seguramente en la Prensa de gran circulación, la última novedad en materias gramofónicas. Una importante casa productora de discos anuncia para estos días la venta de una interesantísima colección reproduciendo las más salientes estrofas del célebre drama de Zorrilla *Don Juan Tenorio*, recitadas por el insigne primer actor del Teatro Español de Madrid D. Ricardo Calvo.

La nueva producción ha despertado general curiosidad, ya que, gracias a esta ingeniosa adaptación, hasta en el más apriado villorrio podrá escucharse la inmortal creación del vate español, admirablemente interpretada, y entre los aspavientos y ruidos de admiración de los ingenuos aldeanos, que no dejarán de soñar con los aparecidos y convidados de piedra mientras roncaban como Sancho Panza al digerir su cena fruía de sabrosa gacha-miga o de dulce cañañá cocida con anís.

Las representaciones del célebre *Tenorio* iban en progresiva decadencia. Los grandes actores de nuestros días, acostumbrados a las burdas «astracanas» que ahora privan, no se sienten con arrosos para estudiar y representar luego, tarde y noche, una obra tan difícil y extensa; y los propios empresarios se resisten a montar con la debida propiedad una producción teatral que está muy lejos de compensar en taquilla los enormes gastos de vestuario y decorado. El Arte no permite que *Don Juan* español deje de aborrotar los cerebros a la caída de la hoja, y, después de haberlo llevado a la película cinematográfica, se le quiere dar nueva vida impresionando la sonoridad de sus versos en las placas del gramófono. Es el afán de novedades que siempre ha tentado a los especuladores del Arte y de la Ciencia.

Con ser de gran interés la noticia precedente, queda relegada a término muy secundario si se la compara con una verdaderamente sensacional y curiosa que hallamos inserta en la mayor parte de los rotativos de Norteamérica. Según refieren los corresponsales de tan importantes publicaciones, en las Iglesias de este país tan original se están introduciendo tales novedades, en su parte litúrgica, que van a producir una verdadera revolución en la anticuada práctica de las ceremonias del culto.

Pueblo joven el norteamericano, sin tradiciones arraigadas y en donde la comodidad y el instinto verdaderamente práctico se sobrepone a todo, está llevando las aplicaciones de la mecánica incluso al terreno de la religión, con la inconsciencia y el anhelo pueril del que vive muy de prisa y no tiene tiempo que perder en cosas externas y aparatosas.

No hace muchos años leímos en la Prensa, como curiosidad extraordinaria, que los yanquis habían inventado un aparato ingeniosísimo para reproducir mecánicamente y maravillosamente los aplausos y ovaciones clamorosas de la muchedumbre congregada en los gran-

des teatros y en los espectáculos deportivos de mayor emoción. Comprendían que ese coro de aduladores que a sueldo fijo se rompen las manos a aplaudir cuando actúan malos artistas con obras detestables, la antipática *claque* que tanto molesta al espectador de buena fe, resultaba muy cara, y era causa de frecuentes altercados en las localidades modestas de las salas de espectáculos. Los aplausos, como la calefacción, el retumbar de la tormenta y el fuego sagrado de las grandes óperas, podían centralizarse y ser emitidos ocultamente mediante la ingeniosa combinación del nuevo aparato ovacionador.

Los poetas chirriaban; los oradores cursis de los juegos florales y de los festivales patrióticos vieron un rayo de esperanza en el providencial descubrimiento, y no faltó algún autor dramático fracasado que lloró de emoción recitando las escenas de su obra *Cumbre* ante un armario de luna, vanamente halagado por las salvas de aplausos artificiales que lanzase al espacio el aparato salvador.

Pues bien; algo de esto va a ocurrir dentro de poco, con los pesadimos e insubstanciales rezos que la mal entendida tradición de muchos norteamericanos se empeña en sostener en el país de los rascacielos, de las aceras móviles y de los comedores automáticos.

Sabido es de todos el conocido axioma de que «muchas gotas de cera, forman un cirio pascual», y que el mismo vulgo pregona que «pobre importuno, saca mendrugo». Dado el carácter flemático, pero activo en el fondo, de los yanquis, el rezo del Rosario y de la Letanía, en los templos americanos, resulta de una lentitud y monotonía desesperantes. Como para el verdadero fanático lo esencial no es pedir a Dios con sinceridad y buena fe, en forma breve, concisa e inteligible, sino que conviene importunar a la divinidad con rutinaria retahíla de oraciones repetidas, en las que para nada interviene el corazón del que las recita, han pensado que les convenía mecanizar de algún modo la oración y producir el mayor número posible de Padrenuestros y Avemarías, en el menor espacio de tiempo y con el máximo de ahorro en el esfuerzo personal.

Las pruebas del aparato ideado para rezar en los templos de Yanquilandia han dado, hasta la fecha, un resultado sorprendente. La caja sonora que reproduce en alta voz las más conocidas oraciones, gracias a un curioso sistema de bocinas, timbres y campanas, anuncia a los fieles devotos la terminación de un período de Avemarías en el rezo del Rosario, que en adelante, visto el éxito de tal invento, se prolongará con alguna decena más de Padrenuestros.

Pero el colmo de la gracia y del ingenio se ha puesto de relieve entre aquellos norteamericanos, al practicarse el experimento del recitado a coro de la Letanía. El gramófono gigante que se encarga de pippear a la imagen venerada en sus altares, pronuncia en latín

Movimiento espiritualista

La corriente arrolladora de espiritualidad e idealismo que, como reacción contra el grosero materialismo despertado por la última gran guerra, se viene observando en todo el mundo, está llegando también a nuestro país, a pesar de lo que luchan para impedirlo la ignorancia general, eterna aliada de las derechas españolas en su obra de regresión y estancamiento.

La casa editorial de Rivadeneyra, una de las más importantes de la corte, acaba de inaugurar una serie de obras «espiritualistas» que, con el título genérico de «Biblioteca del más allá», se propone dar a conocer al público hispanoamericano lo más saliente de esta interesante corriente en favor de la filosofía del misterio.

Hasta la fecha, lleva publicados dos curiosos volúmenes: «La Teosofía», por Rodolfo Steimer, en el cual se pone de relieve cuanto hasta el día se conoce en el orbe sobre el conocimiento suprasen-

sible del mundo y del espíritu; y «El Espiritismo» (faquirismo occidental) por el doctor francés Paul Gibier, escrupulosa traducción del famoso libro del sabio histólogo de allende el pirineo, en el cual se estudian, con gran acopio de datos, la historia, doctrina y hechos de esta grandiosa concepción espiritualista; llamada a producir en el mundo entero la más honda conmoción moral que han visto los siglos.

Acompañan a esta última obra gran número de grabados referentes a los fenómenos de materialización registrados por los grandes investigadores, del psiquismo con los *mediums* más célebres del mundo, y su éxito es tan notable, que por momentos se agota la edición de dicha obra.

Con la debida oportunidad, volveremos a ocuparnos de esta biblioteca, reproduciendo en estas columnas los párrafos más cuimnantes de las obras citadas.

en inglés, al propio tiempo, las consabidas saluciones sin que los oyentes, imitando al baturro del cuento, tengan a su cargo otro trabajo que conteatar el estribillo.

No contenta la extravagancia yanqui con tan pintoresca comodidad, los reporteros de los periódicos que han publicado la reseña de estas pruebas sensacionales, no se dan por satisfechos con la pretendida innovación de los rezos y aconsejan al público devoto de las iglesias que, para evitar la monotonía del sonsonete, al corear la Letanía, imiten a los volantes de las asambleas socialistas y levanten el dedo a compás, cada vez que el aparato rezador entone el galante saludo del ritual.

Las pruebas oficiales de este invento trascendental se verificarán próximamente, con asistencia de las autoridades civiles y eclesiásticas de todo Norteamérica, y se espera un éxito definitivo en su autor, llamado a disfrutar de envidiable reputación mundial por el trabajo incalculable que habrá de ahorrar a la humanidad doliente en las futuras ceremonias del culto religioso.

Esto es cuanto hemos podido extraer de la prensa de allende los mares. En cuanto a nosotros, lector amable, sólo añadiremos, a guisa de comentario final, que, avezados a las excentricidades norteamericanas, ponemos en tela de juicio cuanto acabamos de señalar; pero no nos extrañaría que fuese cierto el intento por parte de alguna de esas sociedades de ricos aburridos, que tanto abundan en dicho país.

Es tan ilógico e inconcebible el culto externo de la mayoría de las religiones oficiales; se toman tan al pie de la letra los ritos y ceremonias, dando más importancia a la forma que a la esencia religiosa; se tienen tan en ovido los consejos evangélicos, enemigos de toda rutina y flageladores de los hipócritas y fariseos; es tan evidente; después de

veinte siglos, el fracaso de nuestra educación religiosa, llena de innecesarios rezos, y ayuna de prácticas morales, que no resulta peregrina ni absurda la protesta de los corazones nobles y el deseo universal de llegar a un acuerdo en materia de liturgia, suprimiendo del culto lo que suponga rutina irracional e ineficaz, y conservando en el cuanto represente anhelo de perfección y sinceridad en las relaciones del hombre con su Autor.

La protesta por tanto, resulta justificadísima. Ya lo dijo esculturalmente el gran Nazareno: «La letra mata, y el espíritu, vivifica.»

Strambell.

Lipari, octubre 1922.

Quando te hablo un político, no lo creas. Por encima de ti están siempre las convenciones de un partido o de su grupo.

Antonio Tobar Núñez
Abogado-Notario
OFRECE SUS SERVICIOS
PLAZA DE CANALEJAS, 5
VILLENA

Una vez más que una clove sobre el fango sagrado, asharomos alorido mágalo de los poderosos e instrumentos de reacción política para el mantenimiento de un mundo y otros mundos, con la verdad y el Amor.

Un adabonazo más

Deuda de gratitud

Para mis amigos y espiritistas de Villena

«Le ofrecido es deudas», solemos decir con mucha frecuencia cuando vamos a entregar a alguien algún objeto que le hemos ofrecido. Y como quiera que yo me encuentro en ese caso, voy a pagaros hoy la deuda que con vosotros tengo contraída.

He de manifestaros llana y sencillamente, queridos de mi espíritu, que desde que tuve la suerte de conocer el sacrosanto Ideal Espiritista, cuyos principios fundamentales son la *comunión de los vivos con los muertos* y el Evangelio de Jesús de Nazaret, llegué a un convencimiento que las deudas morales—que no son otra cosa que las deudas del alma—son las que el hombre debe echar menos en el mundo, por ser de una trascendencia moral inmensa para el progreso etéreo de nuestro espíritu.

Así, pues, cuando el verano próximo pasado—para librarme de los ardores del astro rey—me refugié en ese hermoso peñazo de tierra arcantino, en el que mi alma encamada vio la luz por vez primera, en que la Naturaleza ha sido tan prodiga con ellas; me creí hallarme solo frente a frente con el torrente amenazador del fanatismo católico—que para entorpecimiento del progreso y la libertad de los pueblos predomina todavía en la conciencia ciudadana.—*entonando el canto fúnebre de mis funerales con las notas armoniosas de la calumnia, la anatema y la amenaza que habían lanzado—por mi modesta actuación en la campaña anticoronación de la Virgen—los elementos clericales de mi pueblo.*

Pensé que solamente media docena de nobles corazones villenenses serían los que vibrarían al unísono con el mío para protestar enérgicamente, en nombre de la civilización y de la libertad de conciencia, de la labor incultural y retrógrada de los entonados de Villena. Y la grande sorpresa que recibí mi espíritu no tuvo límites al ver que en mi amado pueblo todavía existía dignidad ciudadana, y que una innumerable pléyade de conscientes villenenses ávidos de progreso y de justicia sociales, estaban dispuestos a enarbolar la redentora Bandera del Espíritu Científico, Filosófico y Cristiano, y combatir con las armas del amor los crasos errores del catolicismo romano y defender la VERDAD con la lógica y la razón.

Por eso, mi espíritu, deseo siempre de propagar la ciencia de la inmortalidad del alma, afanoso e incansable de que la luz divina que ocultan debajo del *telemán* los sacerdotes de las religiones positivas, brille para Tonos en la Humanidad, sin distinción de razas y clases, ya que todos somos hijos de Dios, al recibir con vuestra valiosa adhesión, vuestro apoyo moral, vuestros entusiasmos, nuestros nobles impulsos de emancipación espiritual, de progreso, de justicia y de amor universales, infiltrasteis en mi espíritu la virilidad de vuestras nobles almas y el lenitivo salvador de la fe razonada de nuestros convencimientos en la supervivencia del alma, después de la muer-

te, para continuar difundiendo la verdad del más allá de la tumba, entre mis hermanos Tonos de mi amada Villena.

No damos estos amorosos *adabonazos* con el fin de perjudicar moralmente a nadie. Sólo una redentora finalidad perseguimos con ellos; que el pueblo despierte de su católico sueño. Los intereses materiales de las religiones positivas que puedan perjudicarse, con nuestra campaña de saneamiento espiritual, nos tiene completamente sin cuidado. La emancipación espiritual de las almas, es lo único que a nosotros nos preocupa.

Así es, que al combatir la nefasta propaganda de la coronación de la Virgen, por anticultural y fanática, que el Canónigo Archeu y sus *satélites* de menor jerarquía eclesiástica de Villena vienen haciendo, en colaboración con los *clericales* de la rica población arcantina, desde las columnas del periódico católico *La Corona*, no lo hacemos sistemáticamente o con fines mercenarios como los que entonan los *cantos fúnebres para salvar las almas de los pecadores*, sino que lo hacemos en defensa de los principios fundamentales de la doctrina de Cristo, que es la base inmovible de la Ley inmutable de Dios.

Sirvan estas sencillas palabras para mantener vivo en vuestros almas el fuego sagrado de nuestro sublime y bello ideal, como me alienta a mi vuestra fe y vuestros entusiasmos, para proseguir impertérrito en el cumplimiento del deber dando a los amigos en el alma dormida de nuestro querido pueblo.

¡Animo, amigos míos! ¡Adelante, siempre adelante! Así demostraremos, ante propios y extraños, que amamos el progreso y la civilización.

¡Gracias, gracias mil, queridos de mi alma!

José M.º Royas.

UN CUENTO

Alma huérfana

Desde la cumbre, formando bocina con las manos, llama el pastor:

—¡Maruja!... ¡Maruja!...

Retumba la voz sobre el valle y pruébase blandamente a lo lejos, quedando luego todo en silencio. Al poco rato el mancebo de los cabellos ásperos pasa la mirada por la vertiente, escucha unos segunditos, y al no oír respuesta, tiéndese a la larga y espera. Abajo, en lo profundo, aglomérase el caserío de tejados rojos, por entre los cuales yérguese el chapitel de la torre de la iglesia. Al sol reluce como de acero la pizarra de una de sus caras.

Transcurrido algún tiempo, echando el cuerpo hacia adelante, a fin de que ahora su voz parta ceal una flecha, insiste el pastor:

—¡Maruja!... ¡Maruja!...

Igual que la otra vez. Nadie contesta. Quiere, en esto, asegurarse de que la *zagala* no ha ido a apacientarse la manada, y hasta sentir, dado, *glava tenaz*, mente las pupilas, allá donde es de rigor haga un alto, antes de ganar la altura. Si mira con avidez, atiende con abinco. Inútil ambas cosas. Ni distingue al moedizo ganado en la soleada ladera, ni responde Maruja, diciendo, según agita atropelladamente los brazos para dejarse ver mejor: ¡Allá voy!—como es su costumbre.

Interroga el mozo al cielo, como pidiéndole explicaciones, y se le llena de sol la cara. Malhumorado, descarga su furia sobre unos brotes de genciana, que gimen débilmente. Y abstráesele luego, contemplando a unas hormigas, afanadas por llevarse una corteza de queso.

Las ovejas mordisquean a su alrededor verdes tallos o dirigen los ojos dulces e indiferentes al espacio, dormido al calor de la tarde estival. Por un momento, expáñese música de cascabeles por el lado del santuario. De súbito, pega un bote el mancebo, y clama de nuevo

—¡Maruja!... ¡Maruja!...

En vano su clamor. Antes de lo acostumbra junta el hato y empieza la ruta de descenso. Ya con el alma llena de presagios, a punto de romper en sollozos. La tarde extinguese lentamente. Humean ya las chimeneas en el valle. Arden pálidos los farofillos, y ahora una ventana, después otra, perfilanse en livia luz. Anochecido, cruza el puente de tablitas, llegando en seguida a las primeras tapias del pueblo, al que anuncia el sonoro martilleo de la herrería.

En este punto, da con la cavada en los lomos de las ovejas más a su alcance, para que se apresuren. Y entre una nube de polvo desaparece con ellas por la calle que divide en dos el lugarejo.

II

Ya el ganado en el aprisco, se consume el pastor por averiguar la causa de que la *cabrera* no haya acudido con el rebaño. Resueltamente marcha a saberlo. De pronto, detiéndose perplejo. ¿A dónde irá? ¿A la choza de Maruja o a casa el amor? A casa el amo. Y adelanta un paso; mas asítate un recelo: —¿Con qué cara y con qué derecho?— No; mejor era dejarse caer en el otro sitio. Y girando sobre los talones, toma el rumbo de la choza. En ella hay luz y hablan quedo. Sin acertar por qué lo da un vuelco el corazón. Por fin, entra.

—¿Cómo lo supiste?—viene a preguntarle la viejecita con la mirada.

Enmudece. Allí, en la yácija, asoma la faz de Maruja entre un revoltijo de roja. Al verla, se le desploma la sangre de la cabeza a los pies y un sudor frío le lavade.

—¡Me la devora la fiebre!—le musita la madre al oído, para enterarle.

Sigue sin moverse, como ajeno a lo que se dice. La muchacha tiene los pámulos encendidos, secos los labios. Atrévase, y la coge una mano, que arde con el calor de brasa. Se la suelta, y le arropa los hombros.

Permanece el padre sentado en una canasta puesta al revés, sin prestar atención al irruptor.

—¡Agua!... ¡Agua!... con acento desfallecido la enferma.

El recién llegado arrebatada de las temblorosas manos de la anciana un cubeco vidriado y lo acerca a Maruja, que bebe con avidez y se queda de nuevo postrada.

La luz del candil alarga las sombras, las cuales, cuando alguien se mueve, remedan seres extraños batiendo sus alazas negras en aquel recinto miserable. De fuera llega el cantarreo de los que salieron a rondar a las mozas. Al pastor, entránle ganas de irlos a ipsultar uno a uno o a todos a la vez. Y pone los ojos retadores en la puerta, por si acércanse por allí.

—¡Se nos va, Antonio!—prorrumpo luego de largo silencio la madre, escapándosele del pecho todo el dolor y echándose a llorar desconsolada en los hombros de su marido, quien muéstrase como si nada tuviera que ver con la que agoniza en el montón de paja.

—¿Oyes, Antonio?—repite la mujer ahogándose en lágrimas. —¡Que Maruja se muere; que se muere y no se nos llevan con ella!

Levanta el la vista y por única contestación se limita a morderse el puño, y al hacerlo cruje lastimosamente la canasta sobre que está.

Merma el resplandor del carlín. Pretende la rapaza incorporarse, y corren a sujetarla. A poco, abre desmesuradamente los ojos, dibuja su boca una contracción, e inerte se desploma. Dando espantoso rugido, se le abraza al cuello la viejuca, y la besa furiosamente en los labios, en los ojos, en la emmarañada cabellera. El pastor retiene las manos de la finada, que se congelan en las suyas.

Chilindrinas

No sabemos qué opinión formarían nuestros concejales cuando propusimos que la calle Baja—otra sería lo mismo también—llevara el nombre de D. José Serra y Dalmau. Pero, por si en sus magines no cristalizó la propuesta, volvíamos a insistir.

«No es justo, dignísimo Ayuntamiento villenense, que un hombre como aquél, que laboró incansablemente por la cultura de nuestro pueblo, sea honrado con tan modesto homenaje?»

Nosotros creemos que sí, y muy mercedadamente. ¿Cuajaj?

Mas, por si llegara a cuajar nuestra idea, cúmplenos rogar a los elementos de *marras* (aquellos que cuando Chouzá se desplegaron en guerrilla para recoger firmas) que no intenten volver a las dadas, pues resulta siempre inútil dar facilidos a la luna... Máxime cuando el homenaje de las pasadas fiestas al maestro de la Escuela Superior, les puso en evidencia ante todo el pueblo de Villena.

Entretanto, las aguas potables no llegan y el paludismo y otras enfermedades nos acechan. ¡Qué vamos a hacerle! Hasta que no tengamos listo lo de la corona...

«GRÁFICA AMBOS MUNDOS»
DIVINO PASTOR, 10. — MADRID